

PARROQUIA SANTOS APÓSTOLES - SANTIAGO

HOMILÍA EUCARISTÍA DE EXEQUIAS - PBRO.

ALEJANDRO HERMIDA

El Sr. Cardenal, ha tenido a bien pedirme que haga la exhortación en esta Eucaristía de Exequias en acción de gracias a Dios por la vida de nuestro tan querido Padre Alejandro.

Permítanme antes, hacer una breve reseña de su persona: Nació en Santabaia de Anfeoz, provincia de Orense - Galicia - España, en 1937, es el cuarto de cinco hermanos. Se formó en el Seminario de Orense junto con su hermano Benito, también Presbítero, ya fallecido. Fue ordenado Presbítero el 22 de diciembre de 1962. Con apenas 28 años, siente en su corazón el llamado de Jesucristo para llevar su amor a los lugares más lejanos y pobres de la tierra. A través de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana (OCSHA), su diócesis tras la petición del Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, sdb., le da permiso para servir a la Iglesia de Santiago. De esta manera, el Padre Alejandro llega a Santiago el 19 de agosto de 1965. Así lo relata el Padre Jesús Rodríguez,

aquí presente, en su libro: *“Un Misionero Español en Chile”*, en la página 45 dice así: *“En esto, nombraron Arzobispo de Santiago a Raúl Silva Henríquez, y él pidió Sacerdotes que pudiesen venir a la periferia de la capital de Chile. Venían conmigo en comunión fraternal de amigos, Domingo del Álamo Martín, José Martínez, Alejandro Hermida Atrio, y después se sumaron más”*.

El primer destino pastoral en Santiago del Padre Alejandro fue Vicario Parroquial de la parroquia Nuestra Señora del Carmen en El Salto. Al cabo de dos años fue nombrado Párroco de la misma parroquia; le tocó terminar la construcción del templo. Posteriormente llegó a colaborar con el Padre Jesús Rodríguez, Párroco de San Diego de Alcalá como Vicario Parroquial, haciéndose cargo de las Capillas San Vicente de Paúl y Maranathá en la población Juanita Aguirre. Años después fue nombrado Párroco de San Joaquín en Renca. Siendo Vicario Episcopal de la zona norte Mons. Antonio Moreno, quién sería posteriormente Arzobispo de Concepción, el Padre Alejandro fue nombrado Párroco de Nuestra Señora de las Américas en Conchalí. Contemporáneamente, en 1989 fue nombrado Párroco de la parroquia Emmanuel en Recoleta, aunque nunca ejerció como tal, pues se hizo cargo de la misma el Padre Jesús Laguéns quien

llegó en agosto de 1989 con dos familias en misión enviadas por el Papa San Juan Pablo II. En el año 2002 el Padre Alejandro asumió un nuevo desafío, la fundación de una nueva parroquia en el sector de Renca - Poniente, así nació la parroquia Santa María Madre, cuyos primeros años vivió en un 'container' y con el paso de los años construyó un maravilloso templo. Ya mayor, asumió nuevamente como Párroco la parroquia de San Joaquín en Renca. Finalmente, en abril de 2017, ya con 79 años y viendo que las fuerzas le comenzaban a fallar, pidió humilde hospitalidad en esta parroquia de los Santos Apóstoles, donde ha seguido ejerciendo el ministerio sacerdotal hasta el último momento como Vicario Cooperador. Han sido casi 56 años de ministerio muy fecundo, de los cuales 53 en la Iglesia de Santiago. Distintos medios se han hecho eco de la Pascua del Padre Alejandro: El Faro de Vigo, La Voz de Galicia, el Obispado de Orense, la Iglesia de Santiago.

En su Testamento, el Padre Alejandro pide que en la homilía de su funeral no se le haga ningún panegírico, sino que se anuncie a Jesucristo y que sea una verdadera fiesta. Ya en la celebración de tus cincuenta años de ministerio, Padre Alejandro, siendo Párroco de Santa María Madre en Renca, en la homilía decías: *"Soy*

testigo de que Dios me ama de una manera impresionante. Dios es verdaderamente digno de ser amado, de ser querido y de dedicarle la vida a Él. Yo doy gracias a Dios que me da esta vocación que la hago muy mal, pero la hago porque Él me la ha dado y tengo que pedirle perdón todos los días, pero estoy contento porque Dios está vivo y me da la vida. Que el Señor me ayude a ser fiel, a dar la vida por las personas, que me conceda y servirlo y dar la vida por Él”.

Querido Padre Alejandro, llevamos varios días de fiesta. El domingo por la mañana pudimos concelebrar la Misa Campesina a la chilena, ya tradicional en esta parroquia el domingo anterior a las fiestas del aniversario patrio. Tú estabas dichoso, aplaudiendo durante la celebración y participando intensamente, incluso en el esquinazo final bebiste chicha en el cacho que un huaso nazareno te acercó. Ya en la sacristía, mientras nos sacábamos los ornamentos decías que la Eucaristía había sido una celebración estupenda y que estabas feliz, incluso dijiste que te habías emocionado. Finalmente, saliendo del templo las personas te seguían pidiendo la bendición para sus niños, objetos de piedad, etc. Es así como llegaste a tu habitación, exhausto, feliz, el Señor te estaba esperando para llevarte con él. Qué regalo tan grande, poder ejercer el ministerio hasta el último segundo. Y si la Eucaristía

del domingo fue una verdadera fiesta, la fiesta ha seguido estos dos días: tanta oración, celebración de los laudes, de las vísperas, de la Eucaristía, todo con un espíritu de profunda fe. Estos días, Padre Alejandro, hemos podido gustar la Pascua, hemos podido ver el cielo abierto, vivir la fe, la radical experiencia cristiana de que el amor de Dios es más fuerte que la muerte. Esto es lo que tú querías, que tu muerte en el Señor y tu tránsito a la casa del Padre fuera un momento de verdadera evangelización, donde se pudiera ver el cielo abierto, y así está siendo. Estos días estamos viviendo, querido Padre Alejandro, un preludio de la Pascua definitiva.

Las Palabras proclamadas en esta Eucaristía, estaban en el Testamento que dejaste. La primera Palabra del Libro de la Sabiduría, muestra claramente la sencillez de tu corazón, así como tu fe. Tú crees profundamente que eres justo y que tu vida está en las manos de Dios, no por tus obras, las que siempre has cuestionado, sino porque es Cristo quien te justifica. En tu predicación, querido Padre Alejandro, tú siempre nos has anunciado que el amor de Dios todo lo cubre, que Él nos justifica y nos santifica. Este es el espíritu en el que has vivido tu misión sacerdotal. Era habitual escucharte decir: *“Yo no valgo mucho, me equivoco*

bastante, soy un pecador, pero sé que la gracia de Dios no es estéril en mí porque me ama enormemente". Así termina la Palabra apenas proclamada: *"Los que confían en el Señor, entenderán la verdad, y los que son fieles permanecerán junto a Él en el amor, porque la gracia y la misericordia son para sus santos y su visita para sus elegidos"*. Siempre has tenido, Padre Alejandro, una confianza filial en el amor de Dios que te salva. Así también has querido que lo cantáramos en el Salmo: *"El Señor es mi pastor, nada me puede faltar"*.

La segunda Palabra proclamada de la Epístola a los Romanos, es un anuncio radical del Kerygma, de la salvación que Jesucristo ha conseguido por amor para nosotros en la cruz. Tu providencial llegada a las catequesis del Camino Neocatecumenal en la población Juanita Aguirre, marcaron un antes y un después en tu vida, y también en tu ministerio, el cual tú mismo decías con humildad que estaba un tanto desorientado. En este carisma de la Iglesia encontraste un verdadero frescor en tu vida sacerdotal, y a partir de ahí la evangelización y el anuncio de Jesucristo resucitado se convirtió en una prioridad para ti. Siempre disponible para todo aquello que fuera necesario, incluso en algunos momentos acompañar equipos de catequistas itinerantes en distintas partes del país. Tú viste en el

Camino Neocatecumenal una verdadera pedagogía de iniciación cristiana, como dijo el Papa San Juan Pablo II, muy idónea para la sociedad y los tiempos de hoy. Has apoyado el Camino, haciendo catequesis en todas las parroquias por donde pasaste, y siempre en comunión con la Iglesia Madre. Hasta hace días, era habitual verte en convivencias o liturgias penitenciales, apoyando la evangelización. Como afirma la Palabra de San Pablo, tú has creído con genuina fe que el Señor dio la vida por ti, y en esto apoyaste tu vida cristiana y tu ministerio, sabiendo que de ese acto inefable de amor, brotaban para ti todas las gracias y dones necesarios para ser un pastor que llevara a las personas a Jesús el Buen Pastor.

Y si todavía no lo teníamos claro, el Evangelio que tú mismo elegiste, muestra una vez más tu corazón sencillo, tu fe genuina: *“Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así ha sido tu beneplácito”*. Así eres tú Alejandro, siempre reconociendo que eras pequeño, que no eras el mejor ejemplo, pero que, por gracia, el Señor que te ama de forma inconmensurable, te ha querido revelar las cosas de Dios. Y tú, tu vida misma, es un anuncio radical de que la única forma de poder entrar en comunión con el

Señor, de tener este encuentro personal con él, es desde la verdad profunda de la realidad personal. Esta manera que tú tenías de ponerte delante del Señor, reconociendo tus debilidades y pobreza, han hecho que el Señor se derritiera de amor y te bendijera copiosamente.

Querido Padre Alejandro, has sido un don para la Iglesia, para la Iglesia particular de Santiago y todas las comunidades por donde pasaste, para el Camino Neocatecumenal, y para tantas y tantas personas que te conocieron, y que el Señor pudo ayudar a través de ti. Tú sabes que muchos de ellos están aquí presentes con un corazón muy agradecido. En lo personal, doy gracias a Dios que tu última estación en este viaje a la casa del Padre, haya sido en esta parroquia de los Santos Apóstoles. Aquí, ya mayor, gruñón, has vivido tu último periodo de la vida terrena, aquí has ejercido el ministerio hasta el último momento. Tú, Padre Alejandro, has sido una bendición para esta parroquia.

Sé que tú no eres mucho de dar gracias, pero sé también que en este momento tu corazón está feliz por tu vida Sacerdotal, que ahora se ha iluminado más que nunca y ha alcanzado su plenitud. Por eso, en tu nombre quiero agradecer a tu familia, presente aquí en

la persona de tu sobrino Miguel, a la diócesis de Orense que generosamente te envió hasta este lejano Chile, a la Iglesia de Santiago que con entusiasmo te acogió, a todos los Obispos que han estado en la Sede de Santiago y que siempre te mostraron tanto afecto y agradecimiento. Al Camino Neocatecumenal, especialmente a los catequistas: Juan, Mari Tere, el Padre Manolo, etc., hacia ellos has tenido siempre un corazón muy agradecido. Finalmente, a todas las comunidades parroquiales por donde has pasado y ejercido el pastoreo en el Nombre de Jesús. También un agradecimiento especial al Padre Francisco y a la parroquia de los Santos Apóstoles, donde has vivido tu purificación personal y te has preparado para el encuentro con el Señor que tanto te ama. Sé que quieres agradecer a las últimas personas que estuvieron contigo y que iban contigo en el vehículo camino de la clínica y que fueron los acólitos que te entregaron en los brazos de la misericordia de Dios: Claudio, Enrique, Joaquín y Francisco. A todos os digo que el Señor os retribuirá todo el bien que me habéis hecho.

Padre Alejandro, los que te hemos conocido sabemos que eras débil, pecador, bruto, etc., pero tu confianza en el amor del Padre y todo el bien que el Señor ha

hecho por tu medio, sin duda que serán una gran ayuda para que el Señor te abra las puertas de la gloria.

Querido Padre Alejandro, descansa en paz.